

CARTA A SANCHO

Señor Panza:

Espero que cuando usted encuentre este papel dentro de las alforjas de su burro no lo tire, sino que tenga las suficientes luces de entregárselo al bachiller Sansón Carrasco o a cualquier persona letrada para que se lo lea. Yo soy alguien a quien usted no conoce porque, por razones que a continuación le explicaré, me he visto obligado a pasar desapercibido. De todas formas, he conseguido ser testigo de alguna de las aventuras que usted ha vivido con su pobre amo, al que acabamos de enterrar. Soy uno de los curas que, confundido con otros parroquianos, ha presenciado sus adversidades en la venta de Maritornes y otras posadas del camino. A los acontecimientos protagonizados por usted y don Alonso Quijano en campo abierto he tenido que asistir escondido tras un árbol o una roca grande. Seguramente usted no entenderá nada de lo que le acabo de decir, pero aún le parecerá más extraño lo que viene a continuación: mi nombre es Gregor, y ni soy cura realmente ni provengo de ninguna provincia española sino de un lugar de Europa llamado Praga. Y, no sólo soy originario de un lugar tan alejado de esta llanura manchega, sino también de un tiempo todavía más lejano. Aunque le parezca increíble, don Sancho, cuando alguien le lea esta carta, yo todavía no habré nacido. Mi vida real transcurrirá nada menos que tres siglos después de este momento. Pero permítame, señor, que empiece mi historia desde el principio.

Un domingo del mes de noviembre del año 1916 estaba tumbado en la cama de mi habitación observando cómo la lluvia azotaba los cristales de la ventana. El cansancio acumulado en aquellas últimas horas del día no me dejaba conciliar el sueño. Yo soy viajante de comercio y, como todos los fines de semana, había estado preparando el muestrario de paños para el día siguiente. Me esperaba un tedioso viaje de trabajo en tren a Salzburgo, donde tenía que visitar unos clientes.

Como no podía dormir miré a la pared de enfrente donde colgaba el retrato de la mujer desconocida que había comprado por recomendación de mi hermana Grete. Es el retrato de una dama misteriosa, cuyo cuello está rodeado por una estola de piel, a la que suelo imaginarme abrazado cuando estoy solo en tardes lluviosas. No sé el tiempo que estuve mirándola mientras escuchaba el golpeteo de las gotas contra el alféizar de la ventana. El caso es que en algún momento observé con sorpresa que sus ojos parpadeaban; acto seguido movió la cabeza y me miró. Antes de que pudiera recuperarme del impacto, la mujer del retrato ya estaba moviendo los labios.

-Es muy dura la vida del viajante de comercio, ¿verdad? Siempre pateando tiendas de un lado para otro con el muestrario de paños a cuestas. Y todo para aumentar el negocio de una empresa que no te tiene en consideración.

Quise asentir con palabras pero no tenía saliva en la boca. La dama siguió hablando desde su lugar en el cuadro.

-¿No te gustaría viajar por el simple placer de recorrer lugares desconocidos, sin tener que madrugar ni llevar encima la carga de la mercancía?

-Ese es mi sueño – respondí con un hilo de voz.

-Yo puedo concederte ese sueño. Con sólo imaginarlo viajarás al país que desees, tanto si es real como inventado, en el tiempo que quieras. El único problema es que únicamente podrás permanecer durante el curso de esta noche, aunque las horas no serán reales y que vivirás en tiempo literario. Sólo te impongo una condición.

Con cierto escepticismo doblé la almohada tras mi cabeza para incorporarme a medias y esperé a que aquella mujer misteriosa prosiguiera su discurso.

-La condición es que no podrás intervenir activamente en ningún acontecimiento que pueda modificar la historia tal como pasó, o como cuentan en los libros que pasó: serás un mero espectador privilegiado. Pero si no observas esta prohibición e intentas participar en los hechos, se desencadenarán funestas consecuencias contra tu persona; tu vida sufrirá una transformación catastrófica.

Acto seguido, los rasgos de la mujer del cuadro recuperaron su antigua rigidez. Esperé un rato para ver algún parpadeo o movimiento de labios, pero ya no había en ella ningún rastro de vida.

Al principio creí que estaba soñando. No obstante, nada perdía con seguir las instrucciones de la dama misteriosa. Así, en el peor de los casos, me libraba del pesado sueño de todas las noches de domingo, con la imagen del apoderado frunciendo el ceño por los minutos de retraso sobre el horario exigido. Tampoco soñaría con el jefe supremo riñéndome a voces por el poco incremento de las ventas, a la vez que me recordaba a cada momento la deuda que mi padre tiene contraída con la empresa.

Así es que escogí uno de los libros que llevo para distraer la monotonía de mis viajes en tren: las “Aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha”. Siempre había deseado trasportarme a esa claridad de los campos manchegos, tan alejados de la oscuridad invernal de Praga. Cambiaría lo previsible de mi vida acompañando en sus aventuras a los dos protagonistas del libro, sin responsabilidades, sin saber dónde dormiré mañana ni qué comeré. Entonces pensé en qué personaje escogería para estar en todas partes sin que se notara mi presencia.

Y sucedió, don Sancho, que de pronto me vi sentado en uno de los bancos de madera de la posada de Maritornes vestido de cura. En la larga noche mágica les acompañé en todas las aventuras que pude. En las que sucedían en lugares públicos estuve presente, y en las que don Alonso Quijano arremetía en pleno campo contra algún pobre diablo, emboscado, como le dije arriba, para no modificar el episodio.

Le tomé un cierto cariño, señor Panza, por su sencillez e ingenuidad. Me recordaba al muchacho de los recados de mi empresa, que es el único que no me mira con desdén. Pero así como estuve presente en la muerte de su amo, no quiero estarlo en la suya.

Y este es el motivo de esta carta que espero reciba a tiempo. En una de mis visitas a la cocina de la posada donde usted se ha detenido en el camino de regreso a su casa, he notado que el posadero, entre niscalos y champiñones, volcaba en el caldero algunas setas con el sombrero de color verdoso. No voy a explicarle ahora lo que es una “amanita phalloides” para no aumentar la confusión que usted estará sufriendo a estas

alturas de la carta. Sólo le pido, amigo Sancho, que no coma esta noche del guiso de setas que le servirán.

Ya sé que con esta carta incumplo la condición que me impuso la dama misteriosa de no influir en los acontecimientos, pero no podía asistir impotente a su terrible muerte por envenenamiento. Además, en rigor, no estoy modificando nada de lo escrito porque el libro que usted protagoniza junto a don Alonso Quijano ya terminó con la muerte de éste. Por otro lado, lo más seguro es que todo lo que me ha sucedido no sea más que un sueño; y aunque no lo fuera, el castigo que me pudieran imponer por incumplir la prohibición no sería superior al de volver de nuevo a mi anodina vida de viajante comercial.

Y ahora permítame que me despida, señor Panza. Tengo que dejar este banco de la venta desde donde le estoy escribiendo para volver a mi actual noche de domingo. Quiero ver si aún puedo descansar un rato, pues parece que siento una cierta rigidez en la espalda, producida por mi falta de costumbre de cabalgar en jumento, y un creciente abombamiento en el vientre, que puede ser consecuencia de la apetitosa comida manchega.

Antonio Llop. Junio 2006